

JUAN NUÑO

IDEAS INNATAS, MENTALISMO Y
LENGUAJE PRIVADO

Se trata de explorar las diversas consecuencias de una hipótesis, la del innatismo, lanzada en la lingüística contemporánea por Noam Chomsky y sostenida contra toda suerte de críticas; la presente, sobre la que vengo trabajando en los últimos tiempos, vendría a ser una más, sólo que referida principalmente al ámbito filosófico y realizada con la intención de mostrar que la hipótesis innatista de Chomsky no sólo es teóricamente innecesaria, sino que supone un elevado costo para tan poco o nulo beneficio explicativo.

Como es sabido, la obra científica de Chomsky, esto es, el levantamiento de una nueva teoría lingüística, recibe el nombre ya consagrado de "gramática generativa" o "generativo-transformacional"; trátase de una obra de alto nivel científico, lo que no quiere decir, sino todo lo contrario, que tenga que persistir en tanto paradigma establecido de la ciencia lingüística. Si algo sabemos hoy de la ciencia es su carácter no sólo precedero, en tanto sustituible, sino necesariamente falsable por conjetural; de lo contrario, no se podría hablar de ciencia. De modo que los grandes aportes de Chomsky a la lingüística están destinados, casi fatalmente, a ser sometidos al conocido mecanismo de contraposición metódica por parte de nuevas teorías. Si Chomsky se hubiera reducido

a ser un lingüista, lo más probable es que quienes nos reclamamos de una actividad filosófica crítica nos hubiéramos limitado, cuando más, a estudiar y analizar su obra para revelar las estructuras lógicas que la sustentan o, como algunos quieren que se diga, efectuar la "reconstrucción racional" de la misma, suerte de autopsia que practica el filósofo de la ciencia sobre las teorías que suministra el científico. Pero tal no es el caso ni ciertamente la razón por la que he elegido llevar a cabo esta investigación.

Sucede que Chomsky ha ido más allá de los límites propiamente científicos y, a partir de ciertos aspectos de la lingüística, ha incursionado en las arenas movedizas del pensamiento más decididamente especulativo o, si se prefiere, abierta y tradicionalmente filosófico. Y lo ha hecho con su teoría del innatismo, mediante la cual no sólo pretende explicar el origen y la adquisición del lenguaje, sino que sobrepasa estos linderos factuales y presenta toda una ambiciosísima teoría del conocimiento en general y aun de la mente humana o, como se suele decir, levanta a la vez una epistemología o teoría del conocimiento y una sicología o teoría del entendimiento. Esto ya resulta ser mucho más discutible y sobre todo una excelente muestra de ciertas tendencias que suelen animar a los científicos para incursionar en los predios filosóficos tradicionales. Pues bien, desde este terreno, trataré de probar no sólo que la hipótesis chomskiana del innatismo es superflua, por no operativa, sino que de ser aceptada arrastra a la lingüística, a la epistemología y a la sicología a las zonas más reconocidamente metafísicas y precientíficas de las que se tenga noticias. Es en definitiva un hermoso caso de desbordamiento conceptual del científico que le lleva a producir excrecencias no científicas las cuales, a fuerza de explicar todo, banalizan la investigación localizada y terminan por no explicar nada.

Reducida a su expresión más económica, la tesis de Chomsky afirma que el ser humano es capaz de desarrollar y usar el lenguaje gracias a una disposición propia, interna, innata, inconsciente, automática, de la que está dotado; por expreso reconocimiento de Chomsky a Descartes, padre del innatismo

moderno, llama *faculté de langage* a esa disposición específica. De modo que adquirimos y manejamos el lenguaje por que forma parte de nuestra dotación intelectual una muy determinada capacidad o facultad lingüística. De entrada, a más de uno se le vendrá a la mente aquel viejo término latino de *virtus* con el que la antigua ciencia médica explicaba todo, pues si el opio hace dormir es porque posee *virtus dormitiva*; si la cantárida levanta ampollas se debía a su innegable *virtus fricativa*, y si vivir en las regiones pantanosas hacía temblar intermitentemente y tener calenturas, ello quedaba explicado por una maligna *virtus febritiva* que allí habitaba. De modo que aprendemos tan excepcionalmente a hablar y desarrollamos tan acertadamente el lenguaje gracias a una *virtus locutiva* que Chomsky generosamente nos atribuye. Por exagerada que suene, ésta es la mejor caracterización que puede hacerse del núcleo de la teoría chomskyana acerca de esa famosa *faculté de langage*. Pero aún hay más. Esa disposición innata se expresa en la posesión y manejo de unos elementos, no menos innatos (esto es, no adquiridos por la conocida vía del estímulo externo), que son los "universales lingüísticos", los cuales para Chomsky resultan ser de dos clases: formales y sustantivos, es decir, respectivamente, las propiedades generales de la gramática, también abreviadas "reglas", tales como, por ejemplo, la regla de formación de las oraciones interrogativas o de las negativas y, en el caso de los universales sustantivos, los elementos gramaticales del vocabulario, esto es, las categorías del nombre y del verbo, para sólo dar el más sencillo ejemplo. La posesión innata de tales "universales lingüísticos" es lo que le permite a Chomsky introducir la importante noción de "gramática universal" inserta en todos los hablantes, no importa la lengua en que se expresen. O lo que es igual: el hombre aprende una lengua particular y determinada, primero porque posee una predisposición innata lingüística y, segundo porque esa lengua que aprende o cualquier lengua son manifestaciones derivadas de una estructura general, idéntica y válida para todas las lenguas. De modo que, mediante la noción de "gramática universal", Chomsky se dota de una teoría explicativa general del lenguaje. Pero conviene no ol-

vidar que esa noción de "gramática universal" sólo puede postularse si previamente se ha aceptado la existencia de unos "universales lingüísticos", esto es, unas entidades operacionales (reglas) y sintácticas (categorías) poseídas por el hablante sin necesidad de aprendizaje previo. Todo ello, a su vez, explicado por aquella dotación básica de una común *faculté de langage*, exclusiva de los humanos.

Por si lo anterior fuera poco, aún son más ambiciosas las pretensiones teóricas de Chomsky. Desde el momento en que maneja la noción de una "gramática universal", algo así como el modelo estructural básico de todo lenguaje, se considera autorizado a incursionar en el estudio de las propiedades de la mente humana, con lo cual viene a hacer de la lingüística una parte de la psicología y, en consecuencia, desarrolla un tipo de psicología 'mentalista', esto es, de las que explican no sólo la inteligencia, sino en general el comportamiento mediante el recurso de actos o disposiciones mentales, del sujeto. Además, por cuanto Chomsky describe el mecanismo de la inteligencia en el proceso de adquisición y uso del lenguaje y amplía dicho mecanismo hasta integrarlo en una determinada teoría psicológica, se siente también autorizado para avanzar una teoría general del conocimiento que, en síntesis, sirve para explicar cualquier forma de acto cognitivo por la combinación de una serie de recursos automáticos o de superficie (aplicación de reglas, abstracción de categorías, transformación de frases) con el fondo de una predisposición inconsciente a reconocer reglas y categorías como tales o a saber efectuar transformaciones aun sin haber llevado a cabo ninguna. De modo que el conocimiento podría compararse con la socorrida imagen del *iceberg* (imagen en este caso mía, no de Chomsky), en donde la parte menor o visible es la operativa, automática, que es en la que según Chomsky quedan atrapados y limitados los psicólogos conductistas, mientras que la parte mayor u oculta es la de estructura profunda que posibilita y explica la anterior.

Con lo dicho no es difícil ver cómo penetra el innatismo en los tres niveles teóricos revisados. En lingüística, el innatismo permite no sólo explicar adquisición y manejo del lenguaje, sino que levanta la teoría adicional de una gramática

universal. En sicología, además de servir para practicar una reducción temática, según la cual la lingüística se integra en el estudio del entendimiento, genera una teoría mentalista para explicar, mediante el recurso esencialista a ciertas disposiciones preestablecidas, cuando menos la inteligencia. Por último, todo conocimiento es una consecuencia de dicha predisposición que sirve para reconocer las estructuras con las que se organizan los datos exteriores, lo que equivale a sostener que también el conocimiento se adquiere por vía innata, esto es, se exterioriza lo que ya se posee.

El lingüista ha desbordado sus fronteras; por ello se ha hecho acreedor a las más vigorosas y variadas críticas, tanto en el orden propiamente lingüístico como en el psicológico y en el epistemológico. Pues bien, antes de someterle a un enfoque crítico nuevo, interesa repasar detalles de la argumentación innatista chomskyana.

La base metodológica de operaciones de Chomsky es a la vez negativa y limitada. En efecto: parte Chomsky de la constatación de un fracaso y de la comprobación de un asombro. El fracaso es el del modelo conductista aplicado al mecanismo de adquisición del lenguaje. Resulta insuficiente para explicar toda la complejidad y rapidez con que el ser humano, en condiciones normales, en su fase infantil, desarrolla el entramado de las estructuras lingüísticas. Puede, a consecuencia de lo mismo, manifestarse cierto asombro por la aparente facilidad con que el niño adquiere el dominio del instrumento lingüístico. Esta es la base desde la que Chomsky se lanza a postular esas entidades esencialistas que son los "universales lingüísticos", innatos en todo hablante. El modelo contra el que Chomsky está argumentando es el conocido y elemental modelo informático de "caja negra" con la clásica relación operativa *input-output*. Representétese sin mayores esfuerzos imaginativos un flujo de información repartido en tres casillas, con el sentido del flujo de la primera a la tercera casilla. En la primera están los datos de la experiencia lingüística del niño; en la segunda, lo que llama Chomsky el "recurso (*device*) de la adquisición del lenguaje", y en la tercera, el resultado al que Chomsky denomina *competence*, que más bien habría que traducir por "capacidad".

Pues bien, lo que constata Chomsky es que se da una marcada desproporción entre la casilla 1, por un lado, y las casillas 2 y 3, por el otro; esto es, sale más de lo que entra. Este es el fracaso explicativo conductista. Porque la "competencia" o "capacidad" del hablante es muy superior al hecho material del aprendizaje. O dicho informáticamente: por una vez no se cumpliría aquella famosa regla *gi-go* que regula a todo modelo de tipo "entrada/salida". A saber (y por eso se llama *gi-go*): "*garbage in-garbage out*": no puede salir sino lo que entra. Pues bien, en el mecanismo adquisitivo del lenguaje, sostiene Chomsky y parece ser un punto a su favor, sale más y mejor de lo que entra. Por lo que sobreviene la modificación explicativa propuesta por Chomsky: ello es posible porque ya en la casilla 2 (la del LAD: *language acquisition device*) se sitúan los "universales lingüísticos", esto es, las unidades esenciales que permiten reconocer reglas transformacionales y manejar categorías sintácticas y semánticas; con lo que se tiene, argumenta Chomsky, la prueba de que tales recursos son innatos al sujeto hablante, el cual se limita a actualizarlos en el aprendizaje lingüístico. Con ello se restablece el equilibrio de la relación "entrada/salida", pues así la *competence* queda explicada por el innatismo representado por la *faculté de langage*.

Insisto en que ésta es la única base metodológica que maneja Chomsky argumentativamente para justificar su famosa hipótesis innatista. Reducida a su esqueleto conceptual, se quedaría en esto: se constata un desnivel de menor a mayor en el acto de la adquisición del lenguaje; se carece de explicación externa, conductual, para compensar tal desnivel; *en consecuencia*, se echa mano de la explicación esencialista, interna y disposicional del innatismo. Todo el *quid* de la cuestión reposa en esas dos palabras, bien conocidas de los lógicos: "en consecuencia". Justamente eso es lo que se discute: si procede o no procede la introducción de la hipótesis innatista por vía de una inferencia correcta; es decir, si como se dice técnicamente, la hipótesis del innatismo es o no es un *non sequitur*, una inferencia no autorizada.

Eso por lo que respecta a la base metodológica. Acerca de la teoría resultante de haber introducido, de la manera

como se acaba de analizar, la hipótesis innatista, todavía hay más que comentar.

La teoría lingüística que levanta Chomsky descansa en un par de categorías fundamentales: "capacidad" y "realización" que puede traducir a los términos ingleses de *competence* y *performance*. "Capacidad" y "realización" es tanto como decir "dentro"/"fuera" o, menos crudamente, y más en la línea de Chomsky, "estructura profunda" y "estructura de superficie", aplicado al desarrollo global del lenguaje y a su descripción. Los expertos en lingüística deberán resistir en este punto a la tentación de identificar semejante dualismo chomskyano con aquel viejo par "*langue*"/"*parole*" de Saussure, pues para Chomsky el lingüista suizo, padre del estructuralismo, se quedó justamente en la superficie del hecho lingüístico, limitándose a una gran tarea de clasificación y ordenación, mientras que a través del par de opuestos de Chomsky, *competence* es la disposición (desde luego, innata) del hablante, esto es, su capacidad de adquirir y usar el lenguaje, y *performance* o "realización" o "ejecución" equivale al acto material, objetivo, de manejar el lenguaje, de expresarse. Mucho más acertado sería buscar relaciones por el lado filosófico que es en definitiva el que siempre atrae a Chomsky y en donde localiza sus referencias y apoyo documental. Así, a cualquier aprendiz de filosofía no le costará ningún trabajo identificarlos como el par aristotélico, aún mucho más viejo, de "potencia/acto". La *competence* sería la disposición *potencial* para llevar a cabo el *acto* lingüístico. Esta distinción le va a servir a Chomsky para atacar la teoría rival que no es otra sino el conductismo skinneriano. Para Chomsky o cualquier chomskyano, las explicaciones conductistas se quedan en el exterior del acto lingüístico, es decir, atienden únicamente a la *performance*; la teoría generativo-transformacional aspira a un poder explicativo mayor y para ello introduce la noción complementaria de *competence*. Las "realizaciones" se explican por la predisposición del hablante; en dicha *competence* o "predisposición" es donde anida el innatismo, esto es, en donde se localiza lo que antes denominara con doble irreverencia, a Chomsky y a Moliere, la "*virtus locutiva*" que todo lo explica.

Como las consecuencias de aceptar la hipótesis innatista son diversas y afectan a varios dominios científicos, convendrá ordenar la consideración crítica de la teoría chomskyana acerca de los fundamentos innatos en la adquisición y desarrollo del lenguaje. Me permito recordar antes que nada que el manejo del término "innato" no queda restringido ni al dominio filosófico tradicional, ni a la lingüística chomskyana. En la biología reciente, al menos dos connotados representantes, Monod y Lenneberg, sostienen teorías innatistas, tanto para explicar el comportamiento general de las especies animales como para interpretar el caso particular del lenguaje. De una manera más bien imprecisa, Monod habla del "reflejo de un proceso embiológico, epigenético, en el curso del cual se desarrollan las estructuras neuronales subyacentes a las realizaciones lingüísticas". En cambio, Lenneberg, el ya clásico autor de los *Fundamentos biológicos del lenguaje*, es mucho más preciso. En primer lugar, acepta una "organización innata" en la especie humana referida al proceso cerebral de lateralidad funcional y predominio hemisférico que, diferenciándose de los "mecanismos innatos" y de la "conducta innata" (ambos son términos de Lenneberg), igualmente discernibles en otras especies, apunta a un "modo peculiar de actividad neuronal que hay en el hombre para establecer la comunicación oral-auditiva". Es más: Lenneberg, al igual que Chomsky, no vacila en subsumir la especificidad del fenómeno lingüístico en el cuadro más amplio de lo que denomina "función cognitiva", a la que considera específica del hombre, de forma tal que llega a postular la existencia de una "matriz biológica" que explica tanto los mecanismos particulares (lenguaje, por ejemplo) como la conducta organizada. Y termina sosteniendo que "hay muchas razones para creer que el proceso mediante el cual la estructura objetiva y realizada de un lenguaje natural llega a desarrollarse se encuentra profundamente enraizado en las propiedades innatas y específicas de la naturaleza biológica del ser humano". Antes de establecer conexión alguna de este innatismo con el de Chomsky, no estaría de más observar que también la argumentación de un biólogo como Lenneberg peca de cierto simplismo y adolece de otra de esas fallas lógicas que he

caracterizado antes como de *non sequitur*, es decir, que no queda justificada ni plenamente probada la inferencia llevada a cabo. En efecto: son dos las razones aducidas por Lenneberg para introducir sus referencias innatistas: una analogía y, como en Chomsky, la constatación de un fracaso, de una limitación. La analogía no puede ser más retórica y hasta manida; hace, una vez más, referencia a esa misteriosa e indefinida entidad que es la "vida". Para Lenneberg, todos los organismos "son eslabones de una cadena de reacciones denominada vida"; luego, razona Lenneberg, la vida es el *principio innato* de todo organismo. Además, ningún organismo puede operar con una total libertad, sino que se desarrolla dentro de un marco de potencialidades, propio de una organización específica. Y esta limitación funcional es la que le permite a Lenneberg suponer que ha de existir una "matriz biológica de características específicas que es la que determina la respuesta a cualquier tratamiento a que se vea sometido el organismo". Y a todo eso lo denomina "propiedades innatas" del organismo, que se acentúan particularmente en el caso del lenguaje. Es decir, que otra vez, como en el caso de Chomsky, el innatismo es una consecuencia forzada de invocar a la vida (argumento retórico) y de constatar una limitación operativa (argumentación insuficiente o que no necesariamente autoriza la inferencia a la hipótesis innatista).

En resumen, al menos para un sector de la actual biología puede hablarse de un innatismo o fijismo específico de los mecanismos que regulan tanto el comportamiento humano como la forma expresiva del mismo. Pues bien: ni siquiera esto colma las ansias innatistas de un Chomsky, para el cual lo que son innatos no son los mecanismos básicos, matriz biológica del comportamiento, sino los propios conocimientos, las estructuras completas y ya desarrolladas del lenguaje.

Para comprender mejor la diferencia entre ambas clases de innatismo, puede acudirse al antiguo modelo innatista cartesiano. Descartes introdujo la hipótesis de ciertos conocimientos innatos, esto es, no adquiridos por vía de aprendizaje, sino constitutivos de la dotación específica de cada in-

dividuo; se trataba de ciertas representaciones (o "ideas", para emplear la jerga de la época) tales como las correspondientes al movimiento, a las figuras, al color, al olor, al sonido, y además unas llamadas "nocións generales", que vendrían a ser como las reglas operativas en Chomsky, a saber, la noción general de que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí o la noción de que no puede aceptarse al mismo tiempo algo y su negación. Como se ve, el modelo de Chomsky no ha innovado demasiado respecto al cartesiano, aunque menester es reconocer que Chomsky no lo oculta; antes bien, se reclama de ese antecedente. Pues bien, el innatismo biológico de Lenneberg podría conciliarse con el de Descartes desde el momento en que, para éste, todas aquellas ideas innatas, depositadas por Dios en el alma, tenían un asiento material biológico, ya que el centro de operaciones del "espíritu" era la famosa glándula pineal; de modo que Descartes y Lenneberg coincidirían en algún tipo de mecanismo que le permitiría sostener teorías innatistas localizables, con asiento en el cerebro. Justamente ahí es donde se separa Chomsky. No es que lo niegue; es que no entra a considerar la referencia biológica básica, sino que se limita a postular el innatismo de unas estructuras de conocimiento, los "universales lingüísticos", concentrados en la muy genérica *faculté de langage*. La conexión científica biológica es inexistente para Chomsky. Quizás por ello ha podido sostener sin mayor esfuerzo que "la psicología que se desarrolla de esta manera es una especie de platonismo sin preexistencia". Ya se sabe que Platón fue el primero en lanzar el innatismo cognitivo para explicar precisamente por qué un conocimiento como el matemático puede desarrollarse con tanta facilidad. La respuesta que dio Platón al problema puede sonarnos a exagerada por lo que tiene de mítica, pero recordemos que la psicología o epistemología pueden ser rebasadas por dos fronteras, por el lado de la biología, como hace Lenneberg y por el de la religión y el mito como hizo Platón. Si algo sabemos hoy es que, desde el punto de vista metodológico tan lícito es un desbordamiento como otro, o para decirlo en clave más prudente, tan ilícito es uno como otro. El de Platón lo fue con todas las consecuencias y se vio obligado a postular un depósito de conocimientos innatos adquirido en

una existencia anímica previa a la vida corporal; de modo que los espíritus ya venían cargados de información antes de nacer. Puede comentarse que al menos se trata de una teoría coherente; o lo que es lo mismo, si se postula el innatismo, hágase a fondo (caso de Platón). Mientras que el innatismo de Chomsky es a todas luces una teoría recortada, timorata, y a esto alude él mismo con la expresión de "platonismo sin preexistencia". Que conste que no estoy interesado en este punto en rastrear las referencias históricas del innatismo de Chomsky (que, por otra parte, él mismo no oculta, sino exhibe). Lo que me interesa, a nivel de crítica interna, es por un lado desconectar la teoría innatista chomskyana de cualquier posible teoría similar en la biología contemporánea y, sobre todo, realzar el contexto filosófico en que decididamente se sitúa el lingüista Chomsky. Porque diciéndolo de una buena vez: la tesis de una gramática universal sobre la que descansa toda la investigación lingüística transformacional de la escuela de Chomsky sólo puede mantenerse al precio de una hipótesis innatista. Y ésta a su vez es manifiestamente una hipótesis de carga y consecuencias filosóficas muy determinadas. Hago la observación porque, aunque ello parezca obvio, sucede que la mayoría de las críticas dirigidas al innatismo chomskiano han sido efectuadas desde el enfoque o psicológico o epistemológico. Esto es, se le ha criticado, por ejemplo, que el proceso de aprendizaje del lenguaje en el niño puede ser explicado satisfactoriamente por estadios acumulativos, sin necesidad de la hipótesis innatista (esta sería *grosso modo* la posición de los psicólogos genetistas inspirados en Piaget; para no hablar, por supuesto, de los conductistas, los grandes opositores de Chomsky). O en el nivel epistemológico, se ha tratado de hacerle ver que el problema radica en aclarar el concepto de "conocer", pues no es lo mismo "conocer-cómo" (o diríamos más elegante y abstractamente, un *conocimiento modal*) que "conocer-qué" (esto es, un *conocimiento sustantivo* o de hechos). Aplicada tal distinción al lenguaje, se pretende que se trata de un conocimiento modal, no factual, por consiguiente de formas o moldes, lo que no eliminaría del todo la necesidad del innatismo, pero al menos reduciría su extensión. Lo que pasa es que ni siquiera eso acepta Chomsky, puesto que lo que postula es un conocimiento incons-

ciente que es el que desencadena el automatismo de los otros tipos de conocimiento, el de reglas (modal) y el de categorías (sustantivo).

Es decir, no ha dado resultado ningún enfoque crítico adjetivo; me refiero con esto a las críticas realizadas desde las disciplinas adyacentes a la lingüística abiertamente filosófica que propone Chomsky. Porque cada vez que desde la biología, la psicología o la epistemología se le ha dicho que o no es necesario el innatismo o puede reducirse en sus alcances, Chomsky, manteniendo la hipótesis central y aun reforzándola, como es conocido en el caso de todo paradigma científico, ha respondido que no se trata de eso, que no está proponiendo ni localización cerebral ni análisis conductual ni genética del aprendizaje ni definiciones de conocimiento ampliado, sino que, para explicar un fenómeno, el de la adquisición y manejo de la complejidad lingüística, y para sustentar una teoría, la de una gramática única y general para todos los lenguajes, necesita apoyarse en la hipótesis innatista, única que le permite explicar aquel fenómeno y desarrollar esa ambiciosa teoría.

Pues bien, lo que propongo ahora es acudir al viejo recurso argumentativo que los griegos llamaron "dialéctico" y que se sigue usando en el razonamiento matemático mediante la figura de reducción al absurdo; señalando antes que pretendo además intentar otro recurso en la crítica proyectada. Además de la táctica lógica de la reducción al absurdo, pondré otra táctica que puede calificarse de "economicista", puesto que se trata de mostrar el alto costo que siempre supone, desde el punto de vista metodológico, manejar una hipótesis de esta naturaleza. No estará de más subrayar que, de las dos tácticas apuntadas (la lógica y la economicista), tengo por más sólida y contundente la primera, desde el momento en que siempre es posible responder a una acusación de despilfarro teórico con un desplante de neorriquismo metodológico. Siempre puede Chomsky sostener que mientras no aparezca otra explicación más económica e igualmente satisfactoria, puede permitirse el lujo de mantener la suya por muy costosa y rebuscada que resulte.

Para comenzar la crítica de alcance lógico, se recordará que la tesis lingüística chomskyana precisa del dualismo ya regis-

trado entre "capacidad" y "realización". Es cierto que ese dualismo recuerda otros, más clásicos y no menos oscuros "alma/cuerpo", "mente/materia", "*res cogitans/res extensa*". No se trata ahora, sin embargo, de enzarzarse en una crítica secundaria. Se acepta el dualismo propuesto por Chomsky y sin el cual no puede manejar su hipótesis innatista, pues ciertamente, si se mantuviera en el nivel de la *performance* ("realización") sólo podría describir el lenguaje desde afuera, observacionalmente, esto es, a través del comportamiento del hablante y eso es justamente lo que quiere evitar para romper con lo que considera la insuficiente explicación conductista. Traslada entonces el centro de operaciones del exterior (*performance*) al interior (*competence*) y por eso se debe hablar de "mentalismo" en la teoría lingüística chomskyana. Ahora bien, "facultad del lenguaje", que ni es neurofisiológicamente localizable ni permite ser identificada a través de una cualquiera de las funciones cognitivas, sino que expresamente se la postula "inconsciente" y, además, se le atribuye la condición de "innata" en los sujetos; es algo que se acerca mucho a lo que, en otros análisis, se denomina "lenguaje privado". A fines de caracterización, se entiende que un lenguaje es privado cuando en él sus palabras se refieren a lo que únicamente puede conocer la persona que lo hable, esto es, a sus sensaciones privadas inmediatas. Sólo que para no mantenernos en un plano demasiado abstracto, aceptemos momentáneamente que el lenguaje que verse sobre los dolores o las emociones es el ejemplo más corriente de lenguaje privado. En el caso de Chomsky, recuérdese que sólo el sujeto posee esa *faculté de langage* y con ella los "universales lingüísticos" que permiten el desarrollo material del lenguaje y aun de su gramática; por lo tanto, no resulta impropio calificar de "privada" la "capacidad" lingüística del hablante según Chomsky. Antes que nada, me adelanto a una objeción: es cierto que no se trataría de una privacidad individual, puesto que la *faculté de langage* es común a toda la especie, sino que vendría a ser algo así como una privacidad genérica, compartida por todos los humanos. Pero ello, en vez de aligerar las dificultades de la tesis innatista las agravaría, pues a los inconvenientes de cualquier lenguaje privado se agregarían los de otra entidad más, necesaria para res-

paldar esa *faculté de langage*, una suerte de mente colectiva, depósito común de los "universales lingüísticos" de la especie humana. Lo que nos aproximaría a un auténtico abismo metafísico, pues por este camino se llegaría a resucitar la noción entre teológica y sicológica del llamado "entendimiento agente", único para la especie, cuando no el concepto de Jung del "inconsciente colectivo", abiertamente mítico. Se vendría a confirmar con ello lo ya sabido cada vez que se acude a explicaciones de tipo platonista: se sabe dónde se empieza, pero nunca dónde terminar, ya que una hipótesis exige otra y así *ad infinitum*. Por todo lo cual vuelvo a concentrarme en aquella caracterización de "lenguaje privado". Si éste descansa sobre algo propio, interno, de carácter privado, surge una primera dificultad de aproximación. ¿Cómo es posible señalar una sensación? Con un ejemplo elemental: ¿cómo es posible señalar el dolor de muela y no señalar la muela? O, aplicándolo al caso de Chomsky, ¿cómo es posible señalar la *faculté de langage* o ese "recurso de adquisición del lenguaje" (LAD) sin señalar el lenguaje? Esto es, ¿cómo es posible señalar la *competence* sin señalar la *performance*? Ya hemos visto que Chomsky, en perfecto "privatista", se niega a cualquier identificación o señalamiento directo de las entidades que propone y se limita a simplemente postularlas. Es decir, reafirma la condición de "privacidad" que afectaría a la oscura *faculté de langage*. Ahora bien, eso de un "lenguaje privado", en cualquiera de sus posibles manifestaciones, o es una entelequia, es decir, algo imposible por definición o, de darse, produciría un resultado de esterilidad cognitiva absoluta, un total escepticismo. Ya que si, en efecto, se mantiene la noción de "lenguaje privado" (o para manejar la terminología de Chomsky, esa *faculté de langage* exclusiva y *específica*), se desemboca entonces en el solipsismo de la más absoluta privacidad (algo así como el "sólo yo me entiendo" o "sólo yo entiendo lo que quiero decir"), que a fuerza de ser exclusivo y mentalista presenta la forma relativista extrema de "tú llamas 'rojo' a lo que yo llamo 'verde' y viceversa". O considerado desde otro ángulo: si el mecanismo regulador del lenguaje es algo tan recóndito e indefinible que merece el calificativo de "pri-

vado", no será posible usarlo públicamente sin traicionar su condición exclusiva y específica que es la de servir para quien lo posee en tanto facultad propia e interna. Pero, además, eso de "lenguaje privado" o mentalismo lingüístico es una absoluta imposibilidad; lo que en otra época y cultura se llamaba un "ente de razón", del mismo tipo del 'círculo cuadrado'. O con otra analogía más adecuada: el 'crimen perfecto'. En la medida en que es 'crimen' (esto es, calificado de tal crimen y, por tanto, conocido) no puede ser 'perfecto' que, para serlo, exigiría seguir siendo desconocido. Pues bien, de modo similar, en la medida en que se trata de un 'lenguaje' (es decir, un medio de comunicación mediante signos) no puede ser 'privado', pues si sólo lo es para quien lo emplea, no sirve como sistema de comunicación, ya que nada comunica.

Esta es la contradicción que se anunciara. Manejar la hipótesis innatista y mentalista de una abscóndita e indefinible *faculté de langage* lleva al absurdo de destruir la función esencial de todo lenguaje, que es la comunicación, bien sea por la vía del solipsismo escéptico, bien sea por la vía de la inefabilidad total al no poder trascender ni la privacidad de ese extraño recurso lingüístico ni la especificidad de la "capacidad" atribuida al hablante. Resulta así que lo que se introdujo para explicar el lenguaje, sirve paradójicamente para invalidar el lenguaje. O se explica el lenguaje desde el lenguaje mismo (nivel de *performance*), o se corre el riesgo de no explicar nada, desde el momento en que el traslado al nivel interno o mental privatiza el lenguaje, lo encierra en sí mismo y lo anula. No es que estemos ante una explicación oscura, recargada y costosa; es que estamos ante la no-explicación total.

Aun así, conviene intentar la otra argumentación crítica, la que fuera calificada de "economicista". Entre otras cosas, porque los chomskyanos pudieran intentar la salida de la dificultad anterior diciendo que la *faculté de langage* no se identifica con "lenguaje privado" alguno desde el momento en que no se postula a título individual. Pero, de proceder así, tendrían que reforzarla con otra hipótesis adicional, la de una mente común o genérica que sustente y ex-

plique esa *faculté de langage*, que si no es individual, es válida y operativa a nivel de la especie. Comenzarían entonces a recargar con hipótesis de apoyo una hipótesis ya de suyo suficientemente recargada y onerosa.

Es recargada porque supone un modelo de explicación teórica, bien conocido en ciencias físicas, pero ciertamente no exclusivo de éstas, que equivale al antiguo recurso teatral del *deus ex machina*. En este caso, en el del mentalismo psicológico, se le ha dado el nombre más poético del "fantasma dentro de la máquina", con lo cual la 'máquina' de la "realización" lingüística queda explicada por el 'fantasma' que lleva dentro, llámese *faculté de langage* o *competence*, pero que, a su vez, exige otro 'fantasma' dominante llamado "mente" o "espíritu".

Conviene recordar aquí que hay modelos teóricos de máquinas que poseen un buen alcance explicativo, como sucede con el conocido modelo matemático de la "máquina de Turing" o "máquina de papel" o "máquina universal" que equivale al conjunto de instrucciones y de reglas y al procedimiento con que opera cualquier máquina real; algo así como el modelo abstracto de todas las máquinas materiales. Pero resulta que si lo mental no sólo es concebido como la disposición para ordenar y aplicar un conjunto de reglas (hasta ahí funcionaría como una máquina de Turing), sino que además se lo presenta dotado de una particular específica, innata facultad de ordenación, se adorna a la máquina, otra vez, con el fantasma dentro de la máquina.

Eso de andar postulando fantasmas no es que sea criticable desde el punto de vista de las creencias o los temores, sino que debilita una teoría porque: primero, la hace superflua al desplazar el fenómeno por explicar sin realmente llegar a explicarlo, y segundo, porque la banaliza al multiplicar las entidades supuestamente explicativas (los "fantasmas") y terminar, en consecuencia, por alejarse dentro del problema original que no se lo explica satisfactoriamente. Sólo para reforzar este argumento, evocaré un modelo de explicación "fantasmal", del que no está tan separado el modelo innatista propuesto por Chomsky. Me refiero al conocido como "demonio de Maxwell" con el que este famoso físico

y matemático escocés intentó dar una explicación de un fenómeno calórico aparentemente atentativo de la segunda ley general de la termodinámica. Es sabido, por aplicación de dicha ley, que el calor sólo pasa de un cuerpo caliente a un cuerpo frío; lo que propuso Maxwell es algo así como imaginar el no cumplimiento del proceso entrópico mediante un experimento puramente teórico que acude a su particular caso de "fantasma dentro de la máquina". Imaginó para ello que se unieran mediante una compuerta de dos recipientes que contenían gases a la misma temperatura media, poniendo de guardián de esa compuerta a un singular personaje, el imaginario demonio de Maxwell, encargado de una misión específica: la de distribuir las moléculas de esos gases, concentrando las rápidas (esto es, calientes) en uno de los recipientes, y las frías (es decir, lentas) en el otro. El resultado sería entonces de entropía negativa, violatorio de la segunda ley de la termodinámica. Por supuesto, Maxwell introduce su "fantasma" sólo en tanto problema, ya que de lo que se trataba era de imaginar justamente un tipo de experimento que hiciera imposible el aumento de entropía en un sistema dado. La respuesta a ese fingido problema es simple y restituye la vigencia de la segunda ley: para actuar, el demonio tiene que saber, pues ha de poder identificar a las moléculas rápidas y a las lentas; ahora bien, tanto para saber como para actuar, se requiere energía; luego, en definitiva, el dominio de Maxwell, su fantasma en la máquina, no hacía sino confirmar la segunda ley de la termodinámica que exige aporte externo de energía si se quiere crear y mantener una diferencia térmica en un sistema cualquiera. La pretendida explicación de Maxwell era, por consiguiente, superflua, pues además de no explicar lo que originalmente se proponía, mantenía abierto el problema, a saber cómo burlar a la segunda ley de la termodinámica. Cosa muy distinta sería considerar si tiene o no tiene sentido plantear dicho problema. Lo que importa subrayar es que en el modelo propuesto sobraba la hipótesis, pues en la medida en que es verdadero "demonio" (esto es, un agente completamente ajeno al sistema en el que opera), no puede actuar; y en la medida en que actúa, distribuyendo moléculas, pertenece al sistema y ha

dejado de ser hipótesis explicativa, puesto que el problema subsiste. Trasladándolo entonces a Chomsky y a su particular "fantasma dentro de la máquina" que es la *faculté de langage*: en la medida que es verdadero "demonio" (esto es, hipótesis *ad hoc*), por ser una facultad innata, inconsciente, no localizable ni neuronalmente ni conductualmente, no explica nada, a menos que se la tome simplemente como un acto de fe y se le atribuyan poderes especiales, pero eso es justamente lo que se está tratando de explicar; y en la medida en que podría explicar algo, sólo puede hacerlo a través de las referencias lingüísticas o a los "universales" o a la gramática general, pero eso, además de conformar otra hipótesis (si acaso, derivada de la del innatismo), no necesita del complicado recurso a la hipótesis innatista. En efecto, se puede intentar una explicación más sencilla del hecho de manejar todos los hablantes unas estructuras lingüísticas comunes, acudiendo a la evolución biológica y cultural de la humanidad e incluso postulando nuevamente la existencia de un lenguaje común originario que serviría para explicar las características formales de una gramática universal. Sin necesidad del barroco rodeo de la hipótesis innatista.

Me he esforzado por mostrar que la hipótesis de las ideas innatas, aplicada al fenómeno de la adquisición y manejo del lenguaje, resulta particularmente costosa. Y ello es así fundamentalmente porque la sola introducción de la noción del innatismo desplaza el centro de investigación desde lo comprobable y observable hacia lo inasible y especulativo. Por si esto representara poco peligro, sucede además que se trata de una hipótesis compleja, rebuscada que, en el mejor de los casos, aún concediéndole el beneficio de la duda metodológica, esto es, la posibilidad de que en efecto desempeñe su función explicativa, exige un esfuerzo hipotético adicional. O lo que es equivalente: para poder mantener la hipótesis central del innatismo, necesita Chomsky apoyarse en hipótesis complementarias no menos audaces y especulativas; necesita manejar la noción de *faculté de langage*, organizadora del innatismo, que es lo que aquí he denominado "el fantasma dentro de la máquina"; necesita también sustentar un dualismo de funciones lingüísticas en cada sujeto hablante,

mediante la distinción entre "capacidad" y "realización"; necesita ampliar su base de sustentación investigativa y, en vez de limitarse a intentar explicar el fenómeno lingüístico, se siente obligado a levantar una teoría psicológica platonista y una epistemología antiempirista. Es decir, aquella hipótesis central consume mucha energía teórica de persistir en su defensa a ultranza. El resultado es un claro desbordamiento de los límites científicos y una invasión de los poco confiables terrenos metafísicos. Lo cual ya de suyo sería preocupante, pero todavía podría ponerse buena cara ante el elevado coste de la factura a pagar si es que al menos la hipótesis del innatismo permitiera solucionar algo. Lo peor es que, además de haber complicado innecesariamente la explicación, en definitiva no se ha logrado suministrar tal explicación. Porque queriendo explicar el mecanismo de aprendizaje y desarrollo del lenguaje, acude Chomsky a un recurso mentalista que posee el sujeto al que hace responsable de aquel aprendizaje y de ese desarrollo. Pero con eso sólo está desplazando el problema, no resolviéndolo, pues de inmediato surge un problema mayor o el mismo ampliado: el de saber cómo opera esa *faculté de langage* para manejar los supuestos "universales lingüísticos" y, aún más radicalmente, cómo se explica la condición de "innatos" que se atribuye a tales universales. ¿Por qué la especie humana posee, como impresa en su código genético, la noción de una gramática universal? Sólo que la imagen aquí empleada ("impresa en el código genético") es apenas un apoyo comparativo a fines de comprensión, pues en todo momento hay que tener muy en cuenta que Chomsky no acepta que se hable de localización genética o neuronal alguna. Con lo cual, no sólo subsiste este nuevo problema, sino que decididamente adquiere un aire de auténtico misterio. De modo que, partiendo de un fenómeno cuya explicación se intenta, se complica el cuadro lingüístico de tal manera que, a la postre, no sólo sigue sin explicarse satisfactoriamente aquel fenómeno, sino que se han acumulado otros problemas (o quizás peor: pseudoproblemas) en el complicado trayecto semicientífico, semifilosófico incursionado por Chomsky y sus seguidores innatistas.

La conclusión que puede desprenderse de todo esto tiene que ver con ese desbordamiento denunciado que va desde el campo estrictamente científico al abiertamente especulativo o filosófico. El innatismo lingüístico de Chomsky es una magnífica muestra de la al parecer inagotable capacidad del espíritu humano por complicar el dominio del conocimiento, es decir, por preferir lo complejo a lo simple a la hora de explicar algo. No puede sostenerse que las mentes científicas por el solo hecho de nominalmente serlo sean inmunes a las aventuras metafísicas. Más bien se han multiplicado recientemente los ejemplos del desbordamiento de fronteras. Quizás porque los tiempos han cambiado de signo. Si alguna vez el científico fue el investigador concentrado y limitado a su parcela de conocimiento, mientras que el filósofo, con el nombre augusto y tronante de metafísico, se dedicaba a pontificar sobre la totalidad de lo cognoscible y aun otras regiones más nebulosas, en la actualidad, el infeliz filósofo, acobardado, bien sea a consecuencia de los palos recibidos desde el campo científico, pero no sólo desde éste, bien sea como resultado de sus propias críticas, se limita a zonas cada vez más restringidas y especializadas, mientras que la ironía quiere que más de un científico, a lo Chomsky, probablemente envanecidos por el aura de prestigio o carentes de la elemental precaución que se desarrolla cuando se ha tropezado más de una vez con el fracaso especulativo, se lance sin continencia alguna a levantar teorías tras teorías casi siempre con un mínimo apoyo factual. De tal manera que puede observarse la paradójica situación de que, en la forma presente de la cultura, dominada por el modelo científico-tecnológico, el peligro especulativo procede del campo científico cuando los investigadores, por una u otra razón, se entregan a la conquista de los grandes espacios metafísicos. A lo mejor es que también esto se rige por la vieja ley de la conservación de la materia y puesto que, desde la filosofía, cada vez se hace más difícil la especulación desenfrenada, son los científicos imprudentes quienes acuden al relevo para mantener constante el nivel de producción de los seudoproblemas sin los cuales, al parecer, a la humanidad le cuesta mucho vivir, desde la época del pensamiento mítico.